

La ciudad lineal

La ciudad lineal / Damián Tullio ... [et.al.] . - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Metrópolis , 2014. 78 p. ; 15x22 cm.
ISBN 978-987-29146-8-4
1. Fotografías. I. Tullio, Damián CDD 770

Fecha de catalogación: 10/11/2014

Idea, selección literaria y estudio preliminar
Gabriel Palumbo

Asesoramiento y producción editorial
Metrópolis Libros de Julieta Mortati

Fotografías
Martín Volman

Diseño
Maria Victoria Lamas
vicky-lamas.tumblr.com

Serigrafía
Ornella Pagliaruolo

© **Textos de Cecilia Acuña, Sabrina Ajmechet, Diego Barros, Agustín Campero, Horacio De Dios, Luciano De Privitellio, José Miguel Esteban, Gabriel Fernández Gasalla, Damián Gandlaz, Juan Fernando García, Silvina Giaganti, Hernán Iglesias Illa, Sebastián Katz, Santiago Llach, Juan Morris, Antonio Muñoz Molina, Gustavo Noriega, Marina Oybin, Gabriel Palumbo, Javier Porta Fouz, Marina Prati, Rodolfo Rabanal, Franco Rinaldi, Angeles Salvador, Cecilia Sziperling, Damián Tullio, Zoé Valdés, Luciana Vázquez, Rolando Vitas, Sebastián Zírpolo, Max Zolkwer, noviembre de 2014.**

© **Fotografías de Martín Volman, noviembre de 2014.**



METRÓPOLIS
LIBROS

metropolislibros.tumblr.com

 **Banco Ciudad**

Este libro fue producido gracias al apoyo del Fondo de Banco Ciudad.

p6-p13 Estudio preliminar de Gabriel Palumbo

Fotografías Martín Volman

**p16 Silvina Giaganti / p18 Sebastián Zírpolo / p20
Damián Tullio / p22 Sebastián Katz / p24 Santiago
Llach / p26 Gabriel Fernández Gasalla / p28 Agustín
Campero / p30 Angeles Salvador / p32 Cecilia Acuña
/ p34 José Miguel Esteban / p36 Zoé Valdés / p38
Franco Rinaldi / p40 Damián Gandlaz / p42 Gustavo
Noriega / p44 Javier Porta Fouz / p46 Luciana
Vázquez / p48 Luciano De Privitellio / p50 Cecilia
Szperling / p52 Marina Oybin / p54 Max Zolkwer /
p56 Rodolfo Rabanal / p58 Juan Fernando García /
p60 Antonio Muñoz Molina / p62 Juan Morris / p64
Rolando Vitas / p66 Marina Prati / p68 Diego Barros
/ p70 Hernán Iglesias Illa / p72 Horacio De Dios /
p74 Sabrina Ajmechet**

El pragmatismo de las ciudades

/ por Gabriel Palumbo

Ciudad es ante todo plaza, ágora, discusión, elocuencia. De hecho, no necesita tener casas, la ciudad; las fachadas bastan. Las ciudades clásicas están basadas en un instinto opuesto al doméstico. La gente construye la casa para vivir en ella y la gente funda la ciudad para salir de la casa y encontrarse con otros que también han salido de la suya.

José Ortega y Gasset

Hay textos que nacen vengándose de otros textos. No es una venganza cruel, ni violenta. Es una venganza dulce, nacida sobre todo de la necesidad de decir algo, de colocar algo donde antes no había nada.

Un escrito que se niega, que se obstina en no salir, le deja paso a otro, más laborioso y más probable. Algo de eso sucedió con este texto y con el libro que se abre en este ensayo. La casualidad quiso que aparecieran en el rosario de mis ocupaciones mentales el tema de la ciudad, el hermoso libro *Lost City* de Jordi Doce y la obra de Martín Volman.

Las ciudades son, desde hace un tiempo bastante largo, objeto de reflexiones cruzadas entre urbanistas, científicos sociales, artistas y críticos de todas las especialidades. No hay exageración en decir que el pensamiento sobre las ciudades es hoy más rico e intenso que el que se

destina a los países, y que el aparente borramiento de fronteras que se justifica en la mundialización y en la tecnología hace más interesante mirar una ciudad que un país, vuelve más nítida a Buenos Aires que a la Argentina y más inquietante a Berlín que a Alemania.

La ciudad es la más humana y más perfecta de todas las creaciones. En las ciudades se despliega, imperceptiblemente, todo un juego de experiencias y de temporalidades que la convierten en un experimento maravilloso. Todo lo que sucede en una ciudad es mundanalmente filosófico. Las cosas que hermanan a la ciudad con el pensamiento filosófico (y pienso en mi propio pragmatismo) aparecen a medida que se avanza, a la vez, en las lecturas y en el flaneurismo.

Un primer punto de contacto es el reconocimiento de la ciudad como

creación humana, incluso como creación democrática. En sus calles surgieron los salones, los lugares donde la gente se reunía a debatir las noticias y la esquina entre dos calle era el hábitat del orador improvisado que, subido a un cajón o un banco, gritaba sus verdades a quién quisiera escucharlas.

Un paso más allá, asoma un horizonte de complejización interesante. Las viejas y consagradas aproximaciones cercanas al realismo esencialista han propuesto pensar a las ciudades como un fenómeno contrapuesto a lo natural. Siempre dispuestos a presentar el mundo desde posiciones binarias, muestran a la ciudad como un bullicioso esquema de problemas y a la naturaleza como un idílico y santificado santuario.

En su maravilloso *Muerte y Vida de las grandes ciudades*, Jane Jacobs

asume una posición interesante que podría ser acompañada por cualquier pragmatista. La ciudad, para Jacobs, es fundamentalmente natural por el sencillo motivo de ser la consecuencia de una serie de actos humanos. A una conclusión parecida había llegado John Dewey en *Viejo y nuevo individualismo* cuando descartó toda posibilidad de hablar de individuo por fuera de lo social. Tanto las formas de la subjetividad como las ciudades son construcciones humanas y, por lo tanto, se sumergen en el mundo de lo natural.

Otra posibilidad relacional que existe entre el pensamiento de las ciudades y el pragmatismo refiere a la capacidad creativa de los sujetos. Las miradas más interesantes sobre los problemas particularmente generados por la ciudad (como podría ser la de Jacobs) y el pragmatismo comparten uno de los rasgos más atractivos, filosófica y políticamente

hablando, del liberalismo. Ambos necesitan de una antropología positiva y epistemológicamente apuestan a pensar de manera permanente en la ampliación de la creatividad individual. Las personas son el centro de atención teórica y terminan asumiéndose tanto como los agentes del conflicto como los habilitadores de sus interpretaciones y soluciones.

Lo característico de las ciudades es la coexistencia de mucha gente y eso trae, a su vez, muchos problemas. Pero la mayoría de esos problemas han sido resueltos en las ciudades. Tanto los problemas de movilidad como los de hábitat de las grandes aglomeraciones de personas, han podido ser remediados, no sin dificultades, por la propia dinámica de la ciudad. Los problemas relacionados originariamente con el comercio y más contemporáneamente por el mercado encuentran

también en las ciudades su lugar de mejor resolución y en la competencia se genera un razonable margen de justicia que no puede ser resuelto en otro ámbito que en el de la ciudad.

Bajo determinadas coordenadas culturales, las interacciones propias del ámbito urbano son el mejor camino para construir formas de asociacionismo útiles y bellas. Es en las ciudades donde se organizan las personas para tener al día sus community gardens y ganar un espacio de ocio y tranquilidad allí donde no había nada. Sólo en la ciudad puede el gran artista Juke Lerman imaginar un uso tan democrático y hermoso del espacio público como en su propuesta de instalar pianos en las plazas para que algunos se sienten a tocar y otros se sienten a escuchar.

La ciudad propone, además, sus propias estrategias de mejoramiento individual y colectivo. Las iniciativas de promoción de la lectura en los tiempos muertos de la espera de los subterráneos que se practican en Madrid, en Santiago de Chile y en Medellín son una prueba ostensible de lo que sucede cuando se piensa en una ciudad.

En suma, los caminos convergen como para que la idea de colaboración termine siendo la clave explicativa que demuestra ser más eficaz para relacionarse con los problemas propios de la dinámica de las ciudades. Coincidentemente, las formas no finalistas ni agonales de narración del conflicto y la posibilidad de encontrar su dimensión colaborativa es uno de los aportes filosóficos más potentes del pragmatismo del siglo XX.

Lo que los pragmatistas decimos

–y Jane Jacobs podría estar perfectamente de acuerdo con nosotros en este hipotético diálogo– es que existe un temperamento democrático para tratar con el conflicto que permite desestimar el dualismo y el juego exclusivamente oposicional que se plantea desde el poder (desde cualquier posición de poder). Este dialecto, que podríamos denominar colaborativo, permite generar una gramática hospitalaria para narrar el conflicto acentuando el respeto y, al mismo tiempo, aceptando la incertidumbre propuesta por el reconocimiento de la contingencia de nuestras ideas y posiciones. Lo propio hace Jacobs cuando plantea los conflictos propios de las ciudades. Tanto los problemas que plantea la superpoblación, como los de seguridad y medio ambiente son de mejor abordaje si las partes no se sumergen en un conflicto narrado de modo finalista y puramente agonal. La idea de colaboración

adquiere aquí la dimensión práctica sugerida por el pragmatismo bajo la forma de la asociación entre vecinos, el trabajo conjunto con las instituciones estatales y el pleno reconocimiento de la vitalidad de la ciudad. Este vitalismo reconoce en el ecosistema colaborativo de la ciudad una contracara a las oposiciones binarias y esencialistas donde siempre hay alguien que tiene que perder para que otro gane.

Colocar a la experiencia como el principal insumo para pensar las ciudades genera una posición epistemológica y por obvia consecuencia también política. Las aproximaciones físicas y monistas sobre los problemas de la ciudad han demostrado su ineficacia y han precavido a los “expertos”. La única manera de dar cuenta de la racional interrelación entre problemas que en definitiva es una ciudad es tratarla desde lo que Jacobs denomina

ciencias de la vida emparentada con la postulación relacional y dialógica del pragmatismo.

Esta construcción teórico metodológica pretende dar cuenta sobre todo de la idea de interconexión de problemas que es característico de las ciudades contemporáneas. Las ciudades no plantean *un* problema que, al ser comprendido, lo explica todo, sino que la dinámica de las ciudades crea un conjunto cambiante, sinérgico y contingente de dificultades que son, en sí mismo, su componente vital.

Si combinamos esta apuesta epistemológica con la anterior postulación conceptual y práctica de la colaboración, podemos armar un mosaico colorido y vigoroso que se pone en conversación amena con el pragmatismo y que, casi sin sobresaltos, puede conversar con las ideas filosóficas de Richard Rorty.

Las ideas de multiplicidad e interconexión de Jacobs aplicada a las ciudades y sus problemas pueden entenderse como un ejemplo de lo que Rorty llamó, en *El pragmatismo*, una versión, el panrelacionismo. Según la tesis rortyana, *las cosas son lo que son en virtud de las relaciones que mantienen con las otras cosas*. Esta idea aplica perfectamente en los postulados de Jacobs sobre las ciudades. Rorty utiliza al panrelacionismo para escapar de los dualismos aristotélicos del mismo modo en que Jacobs usa su idea de complejidad organizada para escapar de la sobre simplificación física y urbanística. Ambos mantienen vivas a la ciudad y a la filosofía escapando de la vieja trampa del esencialismo y de las explicaciones relacionadas con algo no humano, en definitiva, una explicación no relacional. Esta operación tiene una ventaja imposible de desdeñar. Vuelve a situar a todo lo que ocurre dentro de la

historia sin metafísicas de externalidad ni a resoluciones mágicas o científicas. Ese camino, más incierto pero más creativo, convierte a las ciudades en el lugar en donde la experiencia vital del animal humano se percibe con mayor claridad. Las ciudades son, también, un espacio estético. La gran ciudad confunde sus límites geográficos frente al espectador hasta casi hacerlos desaparecer. Una imagen puede ser reconocida en New York, en San Pablo o en Buenos Aires. Una edificación, incluso un grupo de personas reunidas puede estarlo en París, en Toronto o en Dublín. Ese ejercicio, de algún modo anónimo que crece dentro de las grandes ciudades, es lo que caracteriza a la ciudad contemporánea y permite al observador imaginar una línea que une, no tan imaginariamente, ciudades separadas por miles de kilómetros.

En las fotografías de Martín Volman este anonimato y esta condición lineal aparecen como una revelación estética. Afortunadamente alejado de la fotografía documental y del ensayo fotográfico, el arte de Volman abre más puertas de las que cierra y promueve un uso comprometido del espacio que existe entre el espectador y su obra.

La percepción de las obras de Volman no es una percepción fácil. Tiene la dificultad y la complejidad que le presta su propio objeto. Es mejor ver las fotos más de una vez, recorrerlas para establecer, junto con el artista, hasta dónde alcanza su componente vital.

Las ciudades retratadas por Martín Volman toman la forma de una línea, de un trazo único y reconocible. Su linealidad no refiere a la vieja tradición urbanística sino que se inscribe en el centro del arte contemporá-

neo. Su belleza es una belleza contemporánea, no clásica, ni sencilla ni convencional.

Para entender la obra de Volman es mejor estar informado, porque el artista no nos brindará más información que la necesaria. El ojo del espectador completará la obra de mil maneras diferentes. Imaginará o no los personajes y las historias. Volman se abstiene de mayores definiciones.

Las fotografías de Volman bien podrían constituir una sola obra. Ahora que la escultura ha retrocedido frente a la fotografía, estas obras parecen una especie de escultura urbana que propone al que mira la posibilidad de sentir. Particularmente, mi sensación frente a ellas es la de la calma y la seguridad. Me siento bien en las ciudades y la obra me tranquiliza y me coloca en el lugar de lo conocido y reconocible.

Las ciudades son el invento más perfecto de la humanidad. Es el lugar en donde la enfermedad se vence todo lo que es posible y en donde la cultura se amplía hasta donde se tolera. Al mismo tiempo, una ciudad es lo más natural del mundo. La mejor ciudad no existe y a la vez vive dentro de nuestra mente y se escucha y huele a cada paso. En mi caso, no importa dónde esté en realidad, estoy persistentemente sentado en el banco de madera blanca que está afuera del bar Angelique en la esquina de Bleecker y Grove y siempre, pero siempre, suena “Si tu vois ma mère” de Sidney Bechet.

En las ciudades vive la belleza de lo humano y su capacidad creativa. En la ciudad podemos mezclar arte, filosofía y urbanismo y que esa mixtura no suene un artificio.



Pocas cosas más hermosas como un detalle apenas advertido que pensar y caminar de noche, porque las ideas se agitan y recombinan como una coctelera en la mano de un buen barman; porque la bruma que sale de las alcantarillas evocan el humo que desprende el hielo seco y las hileras de faroles iluminan con cuidado los circuitos cerebrales como tiras de guirnalda cuartos propios con esmero y gusto; porque no hay analgésico más potente que las luces de neón y los estacionamientos despoblados que invitan a mirarlos y a despejarse la mente; porque no hay nada como curarse de los ruidos de alto impacto que dejó la interferencia del día con una maratón nocturna por la avenida predilecta.

Avenida Belgrano, desde Santiago del Estero hasta el Bajo, es my own personal circuito nocturno privado desde que paseo a Poxi hace varios años. Las veredas anchas como una pista de atletismo vacía y la mole de edificios encallados como cetáceos pesados en la orilla silenciosa de una playa oscura, forman una masa de aire fresco y poderoso que se arremolina en las cinco esquinas que se amuchan sin unirse como islas en Belgrano, Piedras y Julio Roca. Cada vez que paso me detengo ahí al menos cinco segundos para dejarme arrebatado por la brisa suave y el aire fresco que va y viene como va y viene la vida.



Soy un vigía. Desde lo alto de una lomada, al sudoeste de la ciudad, contemplo las construcciones que se van achicando, en degradé, hasta formar una llanura de casas bajas y terrazas coloradas con costuras de brea negra y ropas hirviendo al sol. Más allá, las calles se angostan. Atrás mío crece la ciudad, seace-menta, adelante mío se diluye, se hace pampa. Sobre ella me extiendo como una sombra, como una amenaza, si quiero. No quiero. Hacia el sur, mi sur, se extiende una mancha verde salpicada por lagunas de lluvia espontáneas e irregulares. Una autopista vacía viaja hacia el horizonte. No veo personas, las intuyo: hasta aquí arriba me llegan filtrados los ruidos de la vida. Ascienden en

forma de nube sonora, una bruma suave y uniforme, sirenas, correas de distribución, bicicletas oxidadas, tacos aguja, el eco del agua sucia en los alcantarillados. Por la noche, luces menores decoran mi paisaje. La oscuridad gana a mi llanura y yo la pierdo y me pregunto si sigue ahí mi sembradío de antenas de TV, de veletas de viento, sobre los techos. Soy el último edificio, soy el primer edificio. Muy lejos, en la última línea de mi campo visual, se recorta la silueta de otra ciudad. Hay otra ciudad, me digo, habrá, supongo, otro vigía, contemplando mi llanura, mi llanura, de casas bajas y terrazas coloradas. La pampa urbana no es sólo mía.



Ya te lo dije: pienso mejor en el auto. Veo pasar ciudades. Todas las variedades de las ciudades que ofrece la nuestra, la de edificios altos y señoriales de avenida, las bicisendas y los bostezos; los otros entrando en garajes enormes como cavernas, las caras de los que salen de sacar plata de los cajeros, y al doblar en una esquina, apenas tres cuadras hacia dentro, lo recluso y lo obtuso se me aparecen como una insinuación de que este es un viaje de regreso. Camina poca gente, unas motos nos rozan, los lavaderos de autos están vacíos por la llovizna, y hay casas de espejos y turismo, viveros, heladerías que abren en invierno. Los pilotos color crema de las oficinistas con auriculares son

señales de identidad. Tenés puesto lo mismo. Las calles son más angostas, angostas como no lo creerían posible en el campo. Los balcones, si mirás para arriba, parecen tocarse. Podríamos bajarnos y saltarlos de un lado al otro, como forma de una vecindad nueva. Nadie toca la bocina, da la sensación de que todos los autos alojan a personas embobadas con lo mismo: adivinar cuántas formas de vida hay atrás de los cuadrados de luz de los edificios. Llueve poco. La avenida corre, las luces de posición de los otros autos, el pavimento oscurecido por el brillo del agua y la codificación de las patentes distraen lo suficiente. Nos vamos a casa.



En las expensas dice: “Unidad funcional 132”, ahí queda bien claro. Hay edificios que son como una ciudad, en la que suponés que conocés a todos pero en realidad no conocés a casi nadie, en la que cada semana se va alguno y seguramente llega otro. Al que se va, casi no lo conocías, y con el que llega probablemente te pase igual. Es parte de su dinámica.

Los domingos a la mañana pasa el diariero, y si soy el primero en abrir veo cuatro diferentes, dos de los “buenos” y dos de los “malos”. Al caer la tarde dejamos la garganta gritando goles, exagerando el alarido si sabemos que hay un vecino que lo sufre.

Muchas “unidades funcionales” en un piso, muchos pisos en el edificio, muchos edificios en la manzana, y así, en una secuencia casi infinita de mamushkas urbanas de la cual nuestra mole es una parte gigante e ínfima a la vez.



Vimos crecer a los shoppings; fueron los templos de nuestra pérdida domesticada. En ellos, aprendimos las reglas de nuestro consumo aspiracional, aprendimos la palabra aspiracional y aprendimos a usar el punto y coma y el plural mayestático; masticamos sus grandes ventanales y gozamos con el pasaje de la banda magnética de nuestra Visa por lectores que confirmaron nuestra pertenencia al mundo de las harinas y las comisiones bancarias.

Fueron nuestros refugios de la cultura. Estacionamos autos prestados de baja gama, llevamos a ver Toy Story a nuestros hijos y a nuestra primera novia posdivorcio para fundar nuestra primera familia ensamblada; creímos, frente a una imagen gigante de Iván de Pineda en una

playa, en la democracia, en el capitalismo y en Dios: en todas las causas en las que el coro argentino de los pensantes no nos dejaba creer. Aprendimos a confiar en el crédito y a desleer las letras chicas. Vimos caer a las grandes marcas y la promesa indie en los ojos de los modelos moldeó nuestra melancolía. Entramos a Zara como un africano en una balsa mediterránea; el fin y el comienzo de nuestros amores más terribles los marcaron etiquetas de vestiditos de Trosman y Como quieres que te quiera.

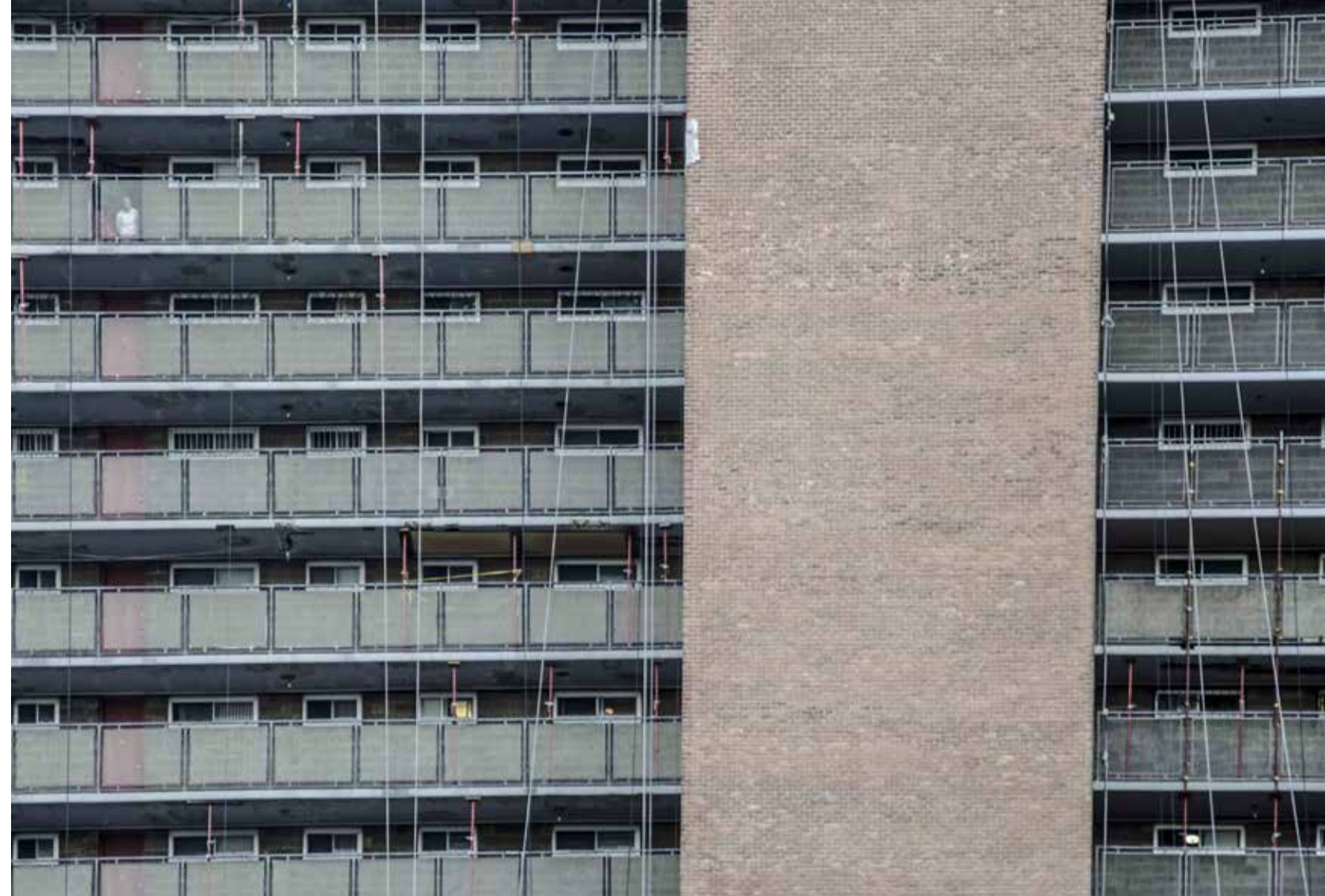
Nos fundimos y nos fundamos en el sueño cremoso de los shoppings, y en la terraza del Dot jugamos por última vez a ser escritores americanos y a usar la primera del singular, ¿no, Narrador?



¿Hay algún otro fenómeno surgido de la creación humana donde confluyan tan intensamente caos y orden como es el caso de las ciudades? ¿Qué profunda razón nos lleva a imponer un orden espacial a la espontaneidad generada por miles, millones de decisiones generadas por la actividad cotidiana de individuos que desean producir, soñar, habitar y amar el espacio y el tiempo de nuestras ciudades?

Las ciudades son expresión viva del concepto caórdico, las ciudades caórdicas, conjunción de caos y orden simultáneos. Ciudades caórdicas, que integran instituciones diversas con culturas distintas, en torno a un mismo objetivo, manteniéndose abiertas a que todas las partes vinculadas estén en capacidad de tomar decisiones, autoregirse y autoorganizarse de manera independiente pero entrelazada. Neobabeles que liberan y amplifican la ingenuidad, la iniciativa y el juicio; que son compatibles con la diversidad, la complejidad y el cambio; que hacen uso, constructivamente, del conflicto y de la paradoja.

¿Quién será el mejor gobernante de estas ciudades? Aquel que sea un catalizador de la energía creativa urbana. Los alcaldes serán como DeeJay (DJ) que harán bailar al público, una persona con capacidad musical, de compaginación, técnica y de animación, al que siguen con fidelidad, fervientemente, y remixan elementos culturales de tiempos pasados. El nuevo líder político de las ciudades caórdicas, al igual que un DJ en una rave, es un modulador de capacidades creativas, un generador de situaciones de alta intensidad emocional donde confluyen proyectos individuales y colectivos. El alcalde y sus equipos modularán como modula un DJ, transformando un material ya dado, como lo es la ciudad, un insumo que se recrea de una gestión gubernamental a otra, y es reinterpretado en cada ocasión. Su desafío (para el DJ, para el político en la ciudad) es ser un creativo e innovador arropado en lo ya producido, en lo ya experimentado, en la conjunción festiva de tradición y renovación.



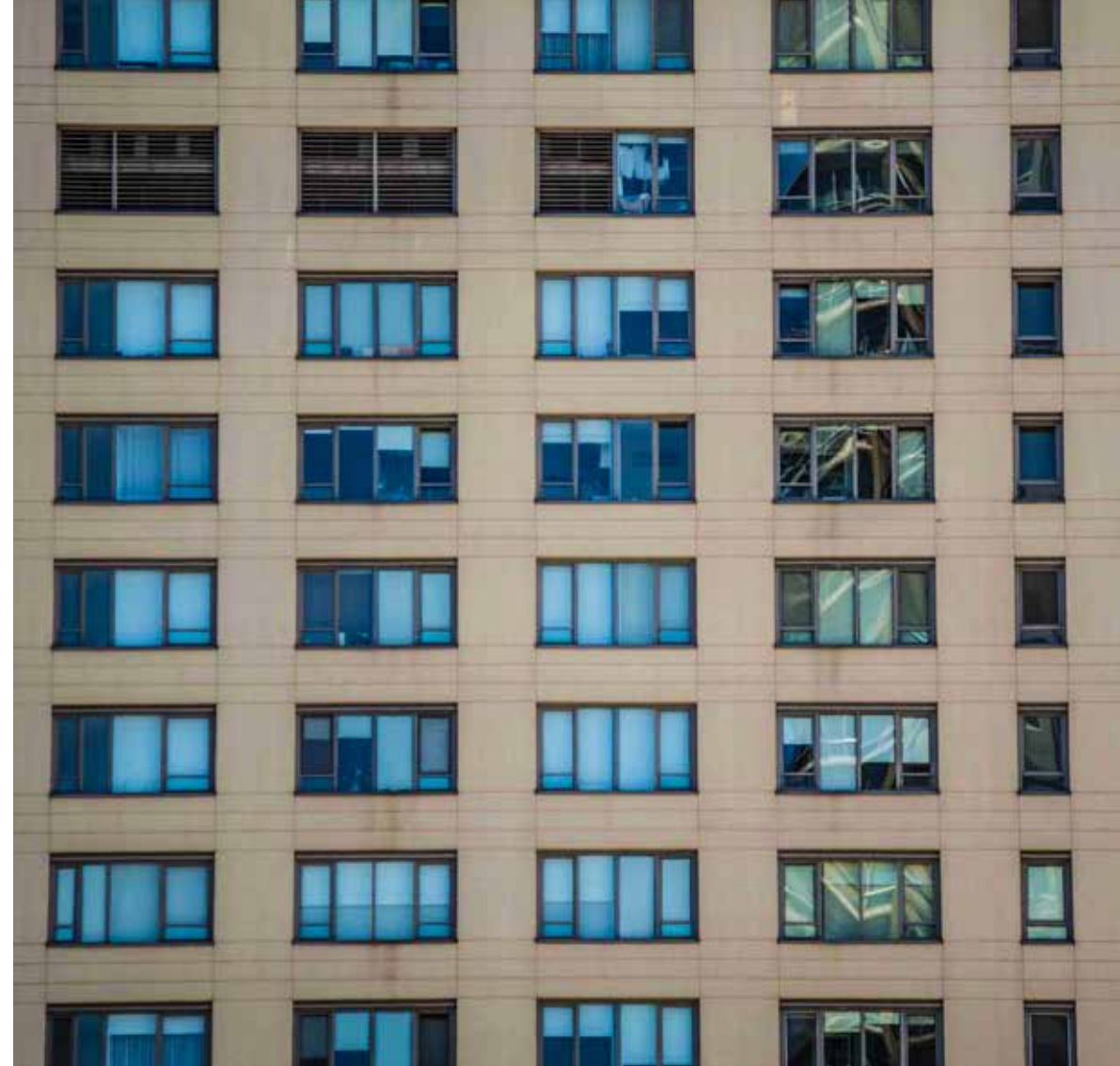
Las ciudades y el cine van paralelos. Cuando las primeras ciudades vieron la luz, ya existía el deseo de cine, de congelar el tiempo, de eternidad.

Utilizan la misma cartografía, las ciudades y el cine. Configuran un mapa: de la superficie, de la historia. En el horizonte son contornos. Son profundidad de campo. Plano secuencia. Y pura voluntad. Trazan trazos de sus recovecos, de sus proyecciones. Esbozan sus aspiraciones, y puestas a rodar, evolucionan, más allá de la perseverancia de los primeros empujes. Condensan una cultura, que a la vez es capa tras capa de distintas narraciones. En la siguiente historia está la semilla de la próxima ciudad. Están hechas de la misma materia, las ciudades y el cine. Esa materia es la modernidad. Son obras de la modernidad y del hombre. Esqui-

van, aprovechan, toman como elementos propios los accidentes de la geografía.

Cinco pistas de sonido, al menos, las ciudades y el cine. Las edificaciones, y las producciones, se levantan con los materiales al alcance de la mano. Escenifican sus condiciones de producción, su state of situation. Son una aventura. Y una farsa. Un sueño grandilocuente. El cine pretende momificar. Las ciudades, ser momificadas para siempre.

Buenos Aires es *Pizza, birra, faso*. Córdoba, *De caravana*. Berlín *Alexanderplatz*. M, *el vampiro de Düsseldorf*. La mamá y la puta, París. *Embriagado de amor*, L.A. *Manhattan*, *Érase una vez en América*, *El padrino*.



Me mareé. La curva de la rosqueta donde estacionaste el auto no es más en U. Había cortado el semáforo y me bajé a comprar escalopes, dijiste estaciono en la rosqueta aquella, pero apurate que me van a hacer boleta. La boleta te corrigí. Apurate que hay un cartel que dice Estacionamiento Diplomático. ¿Dónde? Ahí, ahí. ¿Querés algo? No, no quiero nada, andá por favor. Si te para la cana hablales en finlandés. Para eso les hablo en inglés. ¿Querés algo? ¿Unas frambuesas o un muffin de limón? Apurate que tengo que parar en doble fila. Pero dale vueltas a la rosqueta. No, estás loca, hay radar fotográfico en la curva de la rosqueta. ¿Quién te dijo? Lo sé. Bueno, ya vengo. Y me bajé del auto. ¡Cuidado! Y volví a abrir la puerta del auto. Nada, nada, que casi te arrancan la puerta, andá. ¿Seguro que no querés nada? Bueno, traeme ocho piezas de temaki de anguila. No, de

anguila, no. California. Bueno. Pero no me va a alcanzar. Agarrá la billetera. ¡Cuidado, por el amor de Dios! La concha de tu madre, hijo de puta. Casi me mata. Es que no podés bajar así, ¿sos boluda?

Y esa fue la última vez que te vi. Entré al retén, llené el canasto con tus temaki California, sardinas para mí, escalopes, pirulines y tortilla chip, una bolsa de pretzels para los chicos, una lata de pumpkin soup y otra de wonton soup, para desayunar mañana en el camping.

Teníamos todo listo, la carpa, las bolsas, las navajillas, el termo hidrante, la ducha de alcohol, la pelota de los chicos, la cefalexina, cash y tarjetas. Teníamos el pass del peaje. Los mapas en la guantera, el matafuegos, el chaleco y la bolsa morguera.



Las fronteras emocionan. Los límites así tan arbitrarios dan sensación de fin del mundo, casi como si fueran un camino hacia otra dimensión. Puede ser la avenida que divide barrios, la ruta que separa ciudades, los ríos que definen provincias, los puentes que deciden que allá es un determinado país y que acá, de este lado, es otro. Hay algo de extraordinario en ese conocimiento, en esa cuestión nominal acordada quizás después de batallas o acuerdos. Porque, en realidad, se trata de eso, del pensamiento, de la acción humana sobre el paisaje que viene existiendo desde siempre, que antes, en el principio de los tiempos, cuando no existían las palabras y el

mundo era innombrable, fue tierra de nadie. Es la intriga resuelta, quizás, de lo que viene después del fin. Las fronteras anticipan la experiencia de la muerte, no en un sentido pesimista, creo, sino más como un miedo a lo desconocido, un miedo esperanzado que, lejos de paralizar, motiva. La esperanza es de que algo nuevo nos sorprenda, nos haga felices, nos dé respuestas, nos traiga sosiego. Por eso, la General Paz, la Costanera, los aeropuertos, el horizonte del río, la vista de los contornos desde un avión y hasta las calles cortadas, las que doblan sobre sí mismas, me dan vértigo y, a la vez, me significan promesa de felicidad.



Tras celebrar el escenario pastoril al que, como animal hambriento, ha sido arrastrado por el discurso que Fedro oculta bajo su túnica, Sócrates confiesa por qué jamás abandona los muros de la ciudad de Atenas: “Es porque quiero instruirme. Los campos y los árboles nada me enseñan, y sólo en la ciudad puedo sacar partido del roce con los demás hombres”. Gracias al filósofo, el pensamiento occidental llegó a convenirse que sólo podría conocerse a sí mismo en el espejo de la *polis* y no por su lugar en la *physis*, como si una vez domesticados los brutos, arados los campos y cultivado nuestro interior, la especie humana pudiera darse el lujo de perder el juicio ecológico propio de los cazadores

de la prehistoria. Sugiere Ortega y Gasset que la caza moderó nuestros delirios de grandeza, obligándonos a anticipar las consecuencias que tendría la ilusión de creernos absolutamente superiores a todo lo demás. Para el cazador, seguir matando hoy podría provocar mañana la hambruna y la muerte. Hacinándonos tras los muros de ciudades dispuestas en torno a una autoridad central que impone diezmos y cree controlar la trama de la vida, nos desentendimos cada vez más de los orígenes ecológicos de nuestros recursos. Nuestro actual miedo al desamparo se ha nutrido de las fantasías infantiles de omnipotencia propias del sueño civilizatorio, de la domesticación de todo y de todos.



Capiteles que en otros tiempos fueron el nido de pájaros dormidos. Espejos que en otros tiempos se miraron mujeres al pasar. Patios que en otros tiempos crecieron helechos. Tejados que en otra época los gatos saltaban maullándole a la bahía, a las voces, a los enamorados. Alcobas que en otros tiempos amantes estrecharon sus cuerpos. Eso son las ciudades, una sola que existió en otros tiempos en la memoria de cada uno de nosotros.

¿Y si las ciudades empezaran a convertirse en una sola, única metrópolis de nuestros recuerdos? ¿Y si las ruinas de La Habana se entrecruzarán con las de Atenas? ¿Y si los puentes de París fueran a dar a los entrecruces de Buenos Aires? ¿Y si las fuentes de Roma bebieran en el lago de Belgrado? ¿Y si los templos de Beyruth abrieran sus puertas en Jerusalén? ¿Y si el Támesis de Londres bañara al Manzanares de Madrid? ¿Y si las putas de Barcelona fueran a merodear al Cairo? ¿Y todo

no fuera más que un único beso en las silenciosas calles venecianas? Allí abajo la Sinfónica va a tocar y hay una veintena de viejos durmiéndose en la muerte. Los jóvenes curiosos se acercan con sus jeans apretados y las muchachas con sus blusas de colores.

La Sinfónica siempre me da tristeza. Y me da miedo que se les vuelen los papeles de música, ¡con este aire! La Sinfónica está preparándose, ensayan sus trompetas y el parque se ha llenado de estudiantes y turistas. La orquesta ya comenzó y un loco se va a bailar a su compás, un tango, una habanera, un chachachá. Los viejos se despiertan asustados, y los jóvenes escuchan con los ojos fijos. Pero cuando la orquesta recoge y se va porque ya ha terminado, los viejos se duermen otra vez esperando la música que les trae la madrugada. Los jóvenes en la noche, sin la orquesta, van a estar muy solos. ¿En qué ciudad sucedió esto? En todas.



A mediados de los 90 tuve mi primer simulador de vuelo. Era un monitor ámbar. Los comandos del avión se manejaban con cuatro botones del teclado. Era el Flight Simulator 95. El aeropuerto de origen, por default, hoy ya no existe. Estaba sobre el Lago Michigan del lado de Chicago.

A finales de la década con mi primer monitor color pasé al FS98, vi los primeros colores de las ciudades. Años después pasé a una versión más profesional de la simulación donde el vuelo usa cartas y mapas reales: era la versión 2004, un tránsito necesario a mi último simulador, y el último que produjo Microsoft, el FSX. Las ciudades se ven con una definición similar a la del Google Earth. Los relieves y los colores ven-

cieron los rectángulos y el monocromo. Sin embargo, desde las primeras versiones siempre noté que las ciudades tienen un color distintivo. San Diego, Roma, Sao Paulo, Hong Kong o Sydney tienen colores propios que las particularizan. Cada vez que veo una película, si despegué o aterricé con el FSX, puedo distinguir, por sus colores, qué ciudad es. Asimilé el color de la ciudad, de su tierra, de sus casas, de su asfalto, de cómo impacta el sol y la luz.

En 2013, estuve en Chicago por primera vez, y comprobé, con placer intransferible, que el color de la ciudad era el mismo que había visto durante años en mi simulador desde el living de mi casa.



Nunca me perdí en la ciudad. Nací en su centro geométrico, en un hospital que ya no existe, de antepasados oblicuos y generaciones que quisieron olvidarse. Todo eso desapareció pero quedan partes del asfalto, del hierro y de su recuerdo, esas cosas que son más duras que la carne y los huesos. Y con esos escombros edifiqué una mitología pequeña, personal, de Apocalipsis íntimos. La ciudad es enorme pero no es un laberinto —aunque sí lo sean sus habitaciones. Incontables veces la atravesé a pie. Visité todas sus catedrales y todos sus cráteres. Debajo de la ciudad hay tierra,

y en sus bordes acechan la selva y el mar, pero conozco sus veredas, sus baldosas flojas, los bancos de sus plazas, los cafés. Si la patria es algo más que un símbolo vacío, una excusa para pisotear y borrar otros símbolos vacíos, entonces la única verdadera es la patria pequeña; la mía es esta ciudad por la cual caminé con mi padre siendo un niño, y en cuyas calles me crucé con la mujer de mi vida. Sé protegerme del frío, del sol y de la humedad. También de los símbolos. No podría perderme en la ciudad. Mi sueño es que ella tampoco se pierda en mí.



Una de las revelaciones más sorprendentes para los que nos gusta mirar mapas es la de verificar la pequeñez del área que recorreremos en nuestra propia ciudad. Mi triángulo cotidiano, entre Boedo, Palermo y el centro, repetido una y otra vez, día tras día, representa un porcentaje ridículamente menor de una ciudad descomunal, a la cual suponemos conocer de punta a punta pero por la cual apenas picoteamos tímidamente aquí y allá.

Hay, por ejemplo, continentes inexplorados cruzando la avenida San Juan en dirección Sur: civilizaciones muy parecidas a la nuestra pero con más cielo y veredas destrozadas, habitadas por ciudadanos de ropas más humildes, a menudo armados con escobas en mano o enarbolando un trapo que trata de sacarle lus-

tre a un taxi. El Sur, así visto con la mirada de una persona nacida en Coronel Díaz y Santa Fe, recuerda al Borges de “El otro, el mismo”. Es, indudablemente, Buenos Aires, pero al mismo tiempo, es otra cosa. La misma señalética indicando calles con nombres extraños, nunca antes transitados por los del Norte: Santander, Avelino Díaz, Balbastro, Saraza, Zelarrayán, Cobo, Somellera y Salvigny. Parece la formación de un oscuro equipo de la B Metropolitana pero son las calles que van desde Avenida Asamblea hasta Chiclana, en un barrio conocido como “Nueva Pompeya”.

Hacia allí iremos algún día, armados de cantimplora, brújula y habiendo estudiado la zona con el Google Street View. El Sur también existirá.



La ciudad, la ciudad, quizás sea Berlín. Traumas y resoluciones históricas derivaron en futuro, en amplitud, en juego y en experimentación impulsados por —y no reñidos con— el orden, la eficiencia y la lógica.

Esta ciudad, esta ciudad, es Buenos Aires. No recuerdo quién me dijo que “Buenos Aires es una ciudad que parece estacionada en los setenta”. Entre todo lo malo que puede tener esa fijación temporal en una década del siglo XX, hay algo positivo: aquí todavía disponemos de muchos locales comerciales independientes. Negocios para los que no hace falta más que franquear una puerta —o un espacio que cumple ese

rol— y ya estamos adentro. La —por lo menos— doble puerta y toda esa distancia que separa la calle de los locales ubicados dentro de un centro comercial, de un shopping (otra denominación de hace décadas), no es lo habitual en la ciudad de Buenos Aires. El mejor aspecto de ser “una ciudad de los setenta” es tener comercios que dan a la vereda: a la vereda real, no a pasillos techados. Mientras haya locales accesibles, mientras ellos nos seduzcan y nos inviten a visitas repentinas, a entradas no planificadas, todavía habrá textura ciudadana, todavía habrá esperanzas urbanas, todavía habrá ciudad digna de ser llamada así.



Buenos Aires. Es. Las noches templadas de primavera inundadas por el aroma a jazmines de la vereda de esa casa antigua, de ventanal siempre cerrado, de la calle Arribeños casi Teodoro García por donde casi no pasan autos y hay poco ruido y la ciudad parece reducirse sólo a ese punto, esos metros, pocos, todos míos.

Buenos Aires. Es. La escenografía de las fotos de mi primera infancia en esa plaza de Almagro donde un bebé que soy yo aparece junto a mi hermano mayor con pelito de corte taza, mi hermana del medio con su peluche y barro en la cara, mi mamá joven, bella, poderosa, sana, con el futuro que ya es pasado, irreme-

diable, todo por delante. Y mi papá que con el pelo y el bigote oscuro la mira, enamorado. Creo. De pie, junto a la hamaca.

Buenos Aires. Es. El lugar que el azar eligió para que naciera mi único hijo y se hiciera de acá, con el acento de acá.

Esa es la Buenos Aires que quiero. La que se confunde con mi biografía y la llena de olores que abren memorias de noches cálidas y frío con sol, de sensación de inminencia que nunca se concreta. También está la Buenos Aires que detesto. La que traicioné por Toronto. Esa que es metáfora de lo más argentino que somos. La Buenos Aires de la que me fui para volver. A pesar de todo.



Si es cierto que las ciudades, como las personas, poseen algo a lo que reconocemos como un alma, la que le toca en suerte a la Buenos Aires que conozco no nació con ella. Me gusta lucir convencido de que esto es así porque Buenos Aires, a diferencia de las personas, no nació una, sino dos veces. Podría conjeturarse que esto no es cierto y que la Buenos Aires de Mendoza no es la de Garay, pero este argumento es demasiado pueril como para ser tomado en cuenta. Con mayor entusiasmo, también podría pensarse que, lejos de carecer de un alma, Buenos Aires dispone entonces de dos. Pero, claro, todos sabemos que alma hay una sola.

Esta carencia de origen, solo pudo ser salvada muy lentamente en el lapso de tiempo que separa el comienzo del siglo XX del año 1947,

cuando un censo indiscreto nos reveló que la ciudad había alcanzado los tres millones de habitantes, cuatro veces y media la cifra de 1895. Hasta hoy, el número de porteños residentes nunca más cambió. Tampoco cambiaron los fantasmas urbanos, cuya ausencia había sido denunciada con vehemencia por su mejor poeta, cuando en 1923 inició una larga existencia literaria. Corrientes ya era ancha, el Obelisco exhibía su rígida belleza, el Maldonado no era un arroyo sino una avenida, el Riachuelo y la General Paz la separaban de la otra Buenos Aires. Hasta la figura de Gardel se alzaba como la encarnación humana del alma porteña.

También estaban allí los barrios. Ese mismo arrabal que, como también cantó su poeta, sigue siendo el reflejo de nuestro tedio.



Lo contrario de la casa?
Edificios. Todosjuntos.
Lo contrario del retiro?
Muchas ventanas. Todas juntas.
Pegadas.
Edificios.
Marea de gente.
Mar.
Edificio ola.
Edificio Tsunami.
Edificio te sube y te baja.
Te levanta y te deposita de nuevo
a los pies.
Edificio mar.
Edificio espuma.
Edificio sal.
La ola que nos levanta a todos
juntos. La ola comunitaria. Ola
compartida.
Edificio azul. Leve. Vidrios. Astillas.
Edificio efímero.
Como las olas, nacen y mueren y
mientras viven peronas los habitan,
lo llenan y le dan sentido.
Después serán ruina.
Luego arena.
Luego otra vez ola y vuelta a
empezar.
El ciclo de la vida de los edificios
ola.



En esa perfección milimétrica de paisajes hiper pulcros, geométricos, ordenados, se intuye, algo está por suceder. Apenas se distinguen algunos rastros: imposible saber qué pasó. Ante nosotros, fotografías que son pruebas irrefutables y, al tiempo, arquitectura misteriosa. Al rato, es posible descubrir que en esta serie de fotos de Martín Volman la aparente perfección esconde perturbadora ambigüedad: uno no puede dejar de preguntarse en qué polis se erigen esas moles, de qué sitios se trata. Nada lo evidencia con certeza.

En esos paisajes arquitectónicos con luz suave, envolvente, de climas

apacibles, habita cierta dosis de extrañamiento descriptivo. Finalmente, entre el silencio que perfora, uno descubre que eso que provoca un efecto desconcertante es simplemente la realidad.

Flâneur, Martín Volman hace tiempo viene tomándole el pulso a diferentes ciudades: sus fotos rozan el misterio. Hay algo de desértico: al verlas, uno tiene toda la impresión de que son sitios ilusorios, fotografías de un mundo enigmático. No se ven personas. Apenas algunos rastros dejan intuir la presencia humana.

En ese clima silencioso que abrumba, algo está por suceder.



—¿Papá, hablamos de los dinosaurios?

—Ya hablamos 1000 veces de los dinosaurios, ¿hablamos de algo nuevo?

—Bueno, ¿cómo empezaron a hacer las casas los seres humanos?

—Al principio se refugiaban en cuevas o árboles. Luego empezaron a fabricar herramientas y comenzaron a construir refugios, a veces con pieles y huesos de animales y otras con ramas y hojas según las zonas que habitaban. Algo que les ayudó fue descubrir el fuego. Al tener calor y luz de noche pudieron colonizar zonas más frías.

—¿Y cómo descubrieron el fuego?

—Por casualidad, porque caía un rayo o por la erupción de un volcán. Lo más difícil era mantenerlo, el encargado del fuego debía agregarle ramitas y hojas porque no tenían fósforos y papel.

—¿Y cómo empezaron a construir las casas?

—Bueno, eventualmente empezaron a construir sus propios materiales, primero buscaban piedras de forma y tamaño que pudieran apilar, luego empezaron a cortar piedras o fa-

bricar ladrillos con tierra de formas rectangulares para construir casas.

—¿Y por qué rectangulares?

—Para poder transportarlos y apilarlos mejor. Luego comenzaron a construir casas con espacios rectangulares. Aunque es muy difícil de encontrar en la naturaleza los seres humanos fabricamos rectángulos todo el tiempo. Para mí el ángulo recto es uno de los descubrimientos más importantes de los seres humanos junto con el fuego y la rueda.



En las fotos de Martín Volman la naturaleza se ha retirado detrás de los edificios. Aquí prevalece la fachada, la colmena humana: estamos en el dominio de la urbe en medio del acontecimiento habitacional. La civilización, cuya razón de ser es la ciudad, reclama para sí el monobloque de postguerra, la reiteración de lo mismo o de lo parecido: los setenta balcones de los versos portezos ahora se multiplicaron hasta el clamor de la abundancia. Cientos de ventanas, ropa tendida a secar, cortinas descorridas, emergencias, en fin, de lo privado en la superficie colectiva y pública. De un modo no enfático en las fotos “civilizadas” de Martín Volman

se palpa la vida cotidiana como si se tocara la corrugosa superficie de un género de abrigo: aunque anónimo, todo está ahí, es decir la presencia de los días y las voluntades humanas confieren sentido a este panorama de medianeras, de azoteas despintadas con la pelopincho y la parrilla de rigor, casi siempre. Desde la indiscreción de su propia ventana, el fotógrafo indaga con insistencia poco menos que maníaca en lo que se ve y al mismo tiempo se oculta. En este punto la paradoja se resuelve en evidencia estética. El fotógrafo ha descubierto en la rutina lo singular, lo excepcional y lo fantástico, y nos lo ofrece.



1. En esa ventana, en esta ventana y en aquella otra. El telescopio de M. nos invita a vislumbrar o adivinar vidas ajenas. Aquí y allá, una sucesión infinita de desconocidos, una indiscreta licencia de infantil impunidad. Y sobre todo, esa erótica impaciente que cree ver maneras donde se suspenden las formas.

2. De las fachadas ¿qué? Lo uniforme e infinito, los balcones, las ventanas pequeñas, los ventanales, las “pajareras”, los pisos iluminados a la madrugada. ¿Quién anda ahí? ¿Quién de nosotros inventará la historia de vida que desconocemos? La memoria atesora y la fotografía dona: ahí están las “bañaderas” de la avenida, que tantas y tantas noches nos encontró yirando. Y ahí

también fantaseamos con hacer una coreografía de balcón a balcón, con vista al Pasaje Dardo Rocha iluminado.

3. ¿Una ciudad sin edificios, baja, de horizonte pleno? Otra ficción imposible.

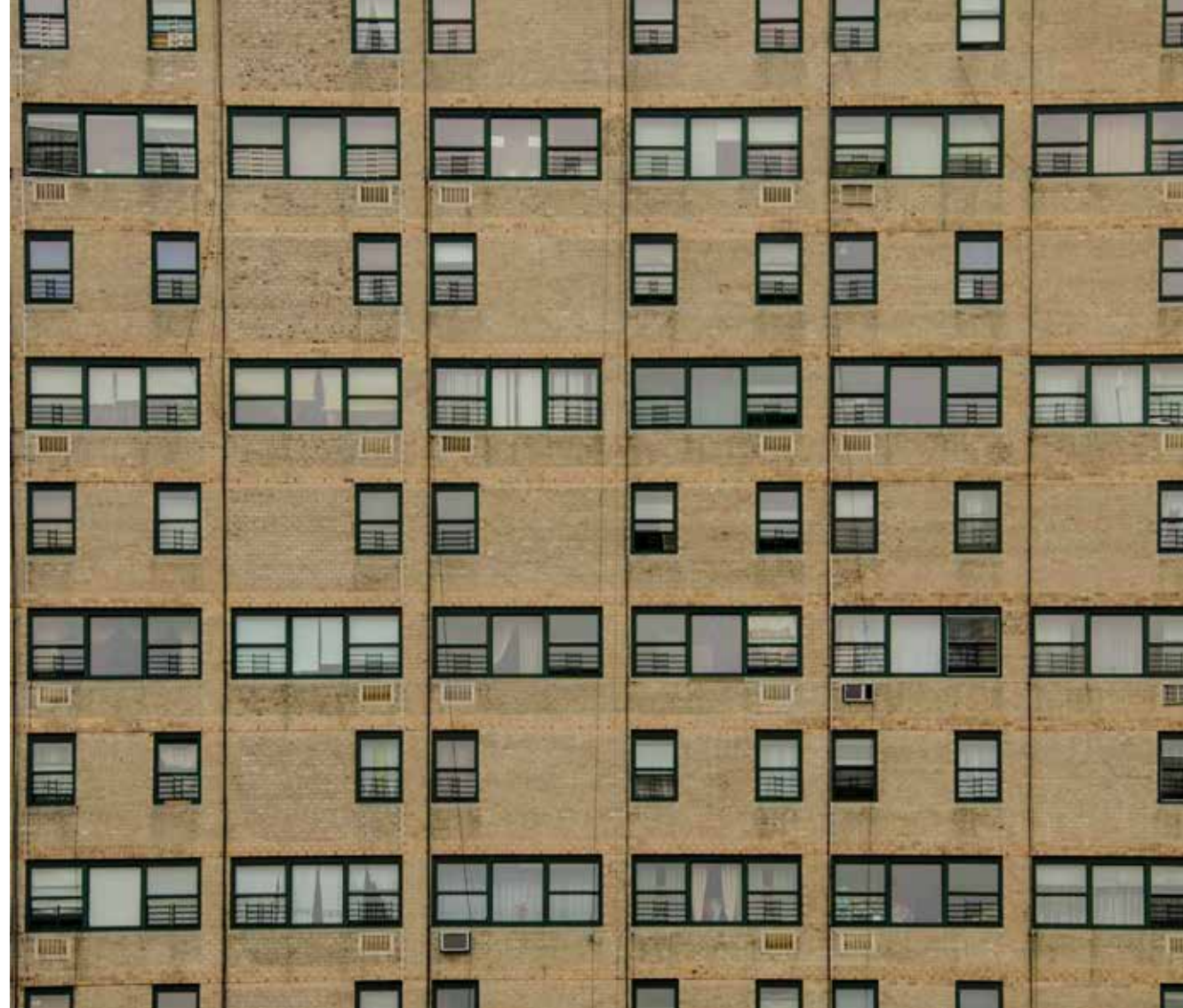
Las megalópolis amadas son un entramado de cemento y vidrio, con infinitas torres, con demasiadas vidas. También, aquellas fachadas donde reconocemos la huella de la historia: aquí vivieron, aquí amaron, insiste el amanerado murmullo.

En lo irreconocible, la otra historia vibra. He ahí su límite, lo propio en lo ajeno. Como las “ventanas altas” de Larkin: “El cristal donde cabe el sol y, más allá,/ el hondo aire azul, que nada muestra/ y no está en ninguna parte, y es interminable.”



La ciudad es el gran espacio de la fotografía, como de la novela. Claro que hay novelas rurales, y admirables fotografías de paisajes, de selvas y desiertos, de lugares no tocados por la presencia humana. Pero la intensidad de encuentros, cruces, y colisiones, la irrupción de lo súbito, que son tan centrales en la novela como en la fotografía, sólo suceden verdaderamente en la ciudad. La ciudad es el gran acelerador de partículas de la experiencia humana. Dickens y Balzac inventaron la novela moderna al trasladarla de los reinos medievales de Sir Walter Scott al mundo impuro del presente y la realidad de las calles. Charles Manville y después Eugène Atget retrataron París con sus pesadas cáma-

ras de trípode, y aunque atraparon una parte de la belleza de la ciudad carecieron de la tecnología necesaria para detectar sus choques de partículas más vivos, más fugaces. En las fotos de Manville, por las calles desiertas de París se ven sombras esbozadas apenas: son las de los paseantes y los vehículos que se movían a demasiada velocidad para que aquellas cámaras pudieran captarlos. Fue la cámara Leica la que abrió de pronto y para siempre el gran territorio de la ciudad para los fotógrafos. El flâneur de Baudelaire ahora iba armado con el instrumento que se correspondía exactamente a su voluntad de mirarlo todo, a la naturaleza fugitiva y convulsa del espectáculo de la ciudad.



Cuando el semáforo de Austria corta el tráfico en la Avenida Del Libertador, una sincronización de luces rojas en los cruces de las calles de los alrededores forman una burbuja de quince o veinte segundos de silencio sobre la Plaza Mitre. Estás ahí sentado y de repente podés escuchar el viento, los pájaros, los ladridos de los perros de raza que sacan a pasear las mucamas del barrio y las ruedas de los chicos que se tiran en sus tablas por la curva cerrada que baja la barranca de la plaza rumbo a la avenida como una verdad natural, un arroyo buscando su forma para llegar a un río mayor: uno de esos principios fundamentales que organizan nuestras células, el aire, los planetas, la manera en la que nos enamoramos o la forma

que tienen los aviones. La burbuja se rompe cuando la represión cromática se vence, y la marea de autos se suelta otra vez por la avenida resolviendo su error, ese silencio de laboratorio creado sin querer en alguna dependencia estatal con la programación rítmica y estratégica del flujo mecánico. Puedo quedarme horas viendo resbalar a los chicos por la barranca, es una droga verlos usar la geografía a su favor, usando la naturaleza como una circunstancia favorable: unos segundos de ciencia ficción en los que bajan en sus tablas a 40 kilómetros por hora, convirtiéndose en una tecnología que viaja hacia el futuro, rompiendo el aire, emancipándose de la realidad mientras la poesía dura en sus cuerpos.



Una pésima noticia: era un día como cualquier otro. Ella esperaba algo distinto. No sabía qué, pero distinto: “Esto parece un pueblo –pensó–, aquí nunca pasa nada”. Como siempre, preparó un desayuno de taza única, que bebió sin sentarse. Repitiendo su rutina, fue caminando al trabajo. Unas veinte cuadras. La acompañaban retazos del sueño que había tenido. Que no alcanzaba a entender, pero que la había desanimado. En la calle, nadie que pudiera ser visto. Sólo sombras aquí y allá. La abrumaba un silencio tan persistente como irreal. Al pasar frente a la plaza, el empleado del bar que disponía las mesas en la vereda, se detuvo. Era evidente que la estaba esperando. Se ubicó

en una posición adecuada para interceptarla y le apuntó a conciencia. La comisura de sus labios reflejaba satisfacción. Manteniéndola en la mira y sin que la víctima hubiera podido preverlo, le disparó: “Buenos días. Se ve que anda muy bien hoy”. Ella recibió el impacto con un estremecimiento: “Gracias”. Había dado en el blanco y su enemigo agonizaba. La primera baja fue el silencio: la ciudad ya respiraba con un rumor animal. Así, algunas sombras que la rodeaban se fueron convirtiendo en personas, el gris del cielo cedió, y los lapachos de la placita se hicieron más rosados que nunca. Por el resto del camino, la acompañó su propia sonrisa, inevitable.



Hace un año empecé a poblar el balcón. Compré macetas y semillas, acosé al señor del vivero del barrio —ahora, cuando me ve llegar, se zambulle en las ramas con cara de ocupado—, ahogué a la primera camada. Aprendí que es mejor regar de menos que regar de más y compré plantas más resistentes. Con todo, el balcón sigue medio pelado; se ve que no tengo mano de jardinera.

Me gustan los balcones porque revelan secretos. En el de al lado, una bicicleta se oxida contra la pared; su dueño sale cada tanto, airea la panza y promete que mañana va a empezar a andarla. En el de la esquina, una mujer con problemas para sol-

tar arma un bosque de tarros y pedazos de madera vieja. El vecino de enfrente sale a fumar a escondidas a las tres, y la brasa anaranjada titila en nuestra fachada.

Mi abuelo, que había vivido a la intemperie, decidió a los sesenta que ya no quería salir del departamento. Todas las tardes se sentaba afuera con un vaso de whisky (dos deditos, me pedía, pero esperaba que fueran tres) y estudiaba los balcones del pulmón de manzana. Seguía el tránsito de las estaciones a través de las plantas de los vecinos, como antes había hecho con la flora pampeana. Era su manera de respirar en la ciudad, su porción de verde. Ahora lo entiendo.



Desde hace tiempo, la idea de ciudad natal me resulta imposible. Casi un sinsentido. O en todo caso, una necesidad administrativa, como la que demanda una partida de nacimiento. Por el contrario, casi como un partero de su propio hábitat, debiera más bien hablarse de que uno “hace nacer su propia ciudad”. Por eso, nada más extraño que aquello de “la ciudad que nos vio nacer”. La ciudad es aquella en la que uno elige vivir, claro. Pero hay otra ciudad en la que uno vive y que es una construcción cuyo cemento son los sueños, las fantasías, los deseos... Por eso también resulta imposible la idea de “una” ciudad, porque los sueños, las fantasías y los deseos

se acumulan, se entretajan, se cruzan, como las calles y avenidas de esa ciudad que imaginamos como propia.

Una ciudad que se jacta de intersectar Tucumán con Libertad; que se recuesta sobre la ladera de una colina verde y vaporosa que se asoma a un río igual de verde y vaporoso; cuya avenida principal serpentea su pasado. Una ciudad en una de cuyas plazas parece condensarse todo aquello en lo que uno cree y de cuya austera iglesia sigue brotando la música celestial de su órgano. Una ciudad así podrá ser una ciudad invisible. Como acaso lo es la de cada quien.



En mi foto favorita de Martín Volman, la que tengo como fondo en mi página de Twitter, se ven unas quinientas ventanitas casi idénticas sin contexto ni borde: no sabemos qué tan grande es el edificio que las contiene ni qué ven, si existen, los habitantes invisibles de aquellas ventanitas. Forman un mosaico de vida sin vida, como un paisaje urbano abandonado hace diez minutos: las cortinas entreabiertas, algunas luces perdidas. Los humanos ya no pertenecen a este lugar, pero tampoco, parece, lo están extrañando.

Volman saca fotos con mirada de sociólogo: le interesan los patrones, las repeticiones, los grupos. A mí también: la repetición me calma, me hipnotiza, me consuela. Pero no veo en estas fotos muestras de de-

cadencia o alienación. Veo belleza y una cierta melancolía. Como mi mirada también es la del narrador, me fijo no sólo en qué comparten estas ventanas, sino también en qué se diferencian. Imagino historias en los detalles –el tipo de persiana, la presencia o ausencia de aire acondicionado, los pocos muebles visibles– y me pregunto quiénes son esas personas, qué historias tienen, qué las calma, las hipnotiza y las consuela. Si pudiera, me respondería lo que pasa con casi todas las vidas, que parecen, en sus contornos, tan similares a las de los demás. Pero esconden, en su núcleo, el sueño épico de la vida única. Las vidas son como esas ventanas, que se parecen tanto pero, si uno se acerca bien, no hay dos idénticas.



New York abierta a toda imaginación, servicio o capricho. Los recuerdos me duelen porque extraño las Torres Gemelas. Ciudad donde nunca me sentí marginado o ajeno. Que me dejaba entrar (algunos días gratis) al MoMA o al Met, seguir los ensayos del Lincoln Center o paladear los mejores brunchs con champagne en el Plaza.

Me siento en una película de 1977 de Martin y tarareo New York, New York, reiterándolo como en la dirección postal o cantando con Liza Minelli.

Me quedan asignaturas pendientes. Pasar por el 432 Park Avenue entre 56 y 57, que con sus 426 metros será el departamento privado más alto de Manhattan. Y, luego, bajando

al downtown, saludar la casa de ladrillos rojos del 313 de la calle 11 que era el barrio bravo donde callejó Astor Piazzolla, que hacía guantes en el mismo gimnasio reo al que iba Jack Lamotta. Una tarde lo durmieron de un golpe y se quedó con el bandoneón.

Es posible que por allí pasara su infancia Scorsese en Elizabeth Street que hoy es otro lugar de moda en el ex Bowery donde antes iban los borrachos de Días sin huella y hoy está el estupendo New Museum.

Con este par de datos, el rascacielo de los ricos y los ex conventillos de los pobres, me doy cuenta con la melancolía de Humphrey Bogart, que podemos prometernos: "Siempre nos quedará New York".



En julio de 1951, el peronismo sancionó una ley electoral. Hasta aquel momento, gracias a la ley Sáenz Peña, los diputados nacionales eran elegidos mediante un sistema de mayoría y minoría. La nueva ley reemplazó este modo de elegir por un sistema uninominal. En ese entonces, la Argentina estaba dividida en quince distritos: las catorce provincias y la Capital Federal. Con el nuevo sistema, cada uno de estos distritos se dividió en circunscripciones. La mayoría se partió en tantas circunscripciones como diputados debía elegir. Pero, otros, como la Capital Federal, se dividieron en tantas circunscripciones como diputados debían elegir menos dos. Así fue que la Capital que debía elegir treinta diputados se dividió en sólo veintiocho circunscripciones. ¿Por qué? El peronismo eligió el único sistema electoral moderno que

podía producir un Congreso sin representación minoritaria. El sistema de mayoría y minoría lo aseguraba como también sucedía con el proporcional. Por eso, el peronismo los desechó. Lo que pretendía era crear unanimidad. Radicales y demócratas acusaron al oficialismo de elegir un sistema totalitario. El gobierno, que actuaba y sobreactuaba que no era totalitario, inventó una novedosa ingeniería. En cinco distritos, entre ellos la Capital, fueron elegidos diputados todos los candidatos que ganaron en sus distritos y dos más. Entre todos los perdedores, los dos que sacaron más cantidad de votos también fueron diputados. Según los diputados oficialistas, fue un regalo de Perón para la oposición. En 1946 la oposición tenía cuarenta y siete diputados, en 1951 pasó a tener catorce. Gracias a Perón.



Los 500 ejemplares de
La ciudad lineal se
terminaron de imprimir
en noviembre de 2014 en
Buenos Aires, Argentina.

ISBN 978-987-29146-8-4



9 789872 914684

